

Repertorios de ocio nocturno y lazos afectivos: una propuesta sociológica para pensar la noche

Nocturnal Leisure Repertoires and Affective Ties:
A Sociological Proposal for Thinking about the Night

*Yolanda Macías**

RESUMEN

Aunque los estudios sobre la noche se han diversificado, persiste un desarrollo conceptual fragmentado, particularmente en América Latina. El presente artículo propone un marco analítico para comprender la noche como una práctica social compleja en la que convergen actividades, espacialidades, objetos y vínculos afectivos. A partir de una investigación etnográfica con jóvenes adultxs que participan en actividades de ocio nocturno en la Ciudad de México, se integran aportes de la sociología figuracional de Norbert Eliás y de la teoría del trabajo emocional de Arlie Hochschild para orientar la propuesta conceptual. Se introducen los conceptos de “repertorios de ocio nocturno” y “repertorios de lazos afectivos” para examinar cómo interdependencias sociales y estructuras afectivas se configuran mutuamente. Ambos repertorios, moldeados por clase, regímenes emocionales generizados y la codificación simbólica de la noche, permiten analizar las negociaciones cotidianas de pertenencia y exclusión. Estos aportes contribuyen a avanzar un lenguaje conceptual común para estudiar la noche y ofrecen herramientas aplicables a distintos entornos nocturnos más allá del caso presentado.

PALABRAS CLAVE: Repertorios, ocio nocturno, lazos afectivos, Eliás, Hochschild.

* Doctora en Ciencias Sociales y Humanidades por la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Cuajimalpa. Co-coordina el Seminario Permanente de Estudios de la Noche adscrito al CISAN-UNAM, McGill University y Université de Bretagne Occidentale, y el Seminario Permanente de Industrias Creativas y Culturales adscrito al CISAN-UNAM. Correo electrónico: <yolandabmacias@gmail.com>. ORCID: <0009-0008-9989-728X>.

igualdades de género; estudios sobre oscuridad, liminalidad, turistificación y gentrificación; análisis de regulación, gobernanza y economía nocturna; así como aportes sobre la noche en distintas expresiones culturales, respectivamente. En conjunto, muestran la consolidación del campo y la heterogeneidad de perspectivas desde las que se piensa la noche.

En México, los estudios sobre la noche han desarrollado aproximaciones diversas que incluyen, entre otros, trabajos sobre prácticas culturales (Licona y Sánchez, 2016; Sánchez y García, 2021), gobernanza (Mercado, 2018) y economía nocturna (Becerra, 2018; Mercado, 2022), elaborados desde disciplinas como la geografía, la antropología y la economía urbanas. Aunque comparten ciertos objetos, provienen de marcos conceptuales poco articulados entre sí, lo que ha dado lugar a una producción efervescente pero fragmentada que sólo recientemente comienza a encontrar espacios de convergencia mediante seminarios, redes y publicaciones conjuntas.

Tanto en la producción nacional como en la anglosajona, el ocio se ha consolidado como una vía central para pensar los usos sociales de la noche y, como consecuencia, buena parte de ella se ha concentrado en las formas de ocio nocturno. Sin embargo, este impulso contrasta con la trayectoria de la sociología del ocio en general, que en gran medida ha privilegiado actividades diurnas y un tratamiento más abstracto del tiempo libre. Ello resulta llamativo si se considera cómo las sociedades distribuyen el tiempo social entre trabajo, cuidado y ocio: mientras el día se organiza alrededor de obligaciones productivas, la noche concentra una parte crucial del tiempo disponible, aun cuando amplios sectores también laboran en ese periodo. Dentro de la literatura sobre ocio nocturno, las dimensiones que con mayor frecuencia se han estudiado son la violencia (Crawford y Flint, 2009), el consumo de alcohol (Bøhling, 2014) o los performances de género (Grazian, 2007; Nicholls, 2019), lo que ha dejado menos explorados los ensamblajes que sostienen la experiencia y los vínculos que la hacen posible.

Se propone situar el ocio nocturno como configuración social compleja en la que se entrelazan afectos, cuerpos, objetos, espacios y vínculos, y donde se reordenan responsabilidades emocionales y formas de presencia compartida. Para ello articulamos dos tradiciones teóricas: la perspectiva figuracional de Elias (2016), que pone énfasis en la historicidad de las interdependencias y la regulación de los afectos, y la teoría de la gestión emocional de Hochschild (1979), que muestra cómo las emociones se trabajan activamente en la interacción. En conjunto, permiten iluminar la noche como un espacio temporal en el que los afectos se expresan, se negocian y se ajustan colectivamente, delimitando quién, cómo y bajo qué condiciones puede participar del ocio nocturno.

El planteamiento se basa en una investigación etnográfica realizada en la Ciudad de México entre 2017 y 2023 con personas de entre 30 y 40 años: 12 participantes cisgénero —8 mujeres y 4 hombres— de diversas orientaciones sexuales, pertenecientes a sectores de clase media y con prácticas frecuentes de ocio nocturno. El trabajo de campo se desarrolló, principalmente, en zonas centrales de la ciudad e incluyó observación participante en espacios de la economía nocturna (bares, restaurantes y otros recintos de consumo), en hogares, calles, plazas públicas y trayectos nocturnos en transporte por aplicación o a pie. El material se complementó con entrevistas en profundidad orientadas a reconstruir trayectorias vitales con foco en la noche. Dado que el propósito del artículo es presentar una propuesta teórica, únicamente se incluyó la información metodológica necesaria para situar el alcance empírico de la propuesta.

El recorte generacional responde a una decisión analítica: se trata de un momento biográfico en el que la noche funciona simultáneamente como prolongación de sociabilidades juveniles y como escenario donde se ponen a prueba las tensiones de la adultez. El intervalo de 30 a 40 años muestra cómo el ocio nocturno se convierte en un terreno conflictivo y

fértil para negociar vínculos, sostener comunidades y reorganizar calendarios vitales.

A partir de las evidencias empíricas mostradas en trabajos anteriores (Macías, 2023; 2025), se introducen los conceptos de repertorios de ocio nocturno y de repertorios de lazos afectivos para entender la noche como entramado donde prácticas, espacios y vínculos se articulan de manera interdependiente, configurando una infraestructura afectiva central para la vida social y cultural. El desarrollo de estos conceptos permite mostrar cómo el ocio nocturno y los lazos afectivos se co-constituyen, algo especialmente relevante en contextos marcados por la precariedad, transformaciones familiares y fragmentaciones comunitarias.

El artículo se organiza en cuatro apartados: una revisión de la literatura sobre los vínculos afectivos en la noche; la articulación de los postulados de Norbert Elias y Arlie Hochschild; la definición de los conceptos de repertorios de ocio nocturno y de lazos afectivos, y una reflexión final sobre sus aportes a los estudios de la noche.

LO QUE SABEMOS DE LA NOCHE Y LOS VÍNCULOS QUE SE TEJEN EN ELLA

Aunque la literatura sobre la noche es amplia y diversa, sólo en años recientes han surgido trabajos que colocan explícitamente la intersección entre vínculos afectivos y vida nocturna en el centro del análisis. Recuperarlos permite identificar tanto sus aportes como los puntos ciegos que nuestra propuesta busca atender. Para este recorrido seleccionamos investigaciones que analizan el ocio nocturno desde los vínculos que produce y sostiene. Reconocemos que la vida nocturna incluye interacciones fugaces —encuentros espontáneos, conversaciones breves, vínculos de una sola noche— que forman parte esencial de su dinamismo, aunque en este apartado nos interesa la manera en la que, cuando adquieren relevan-

cia, se enlazan con procesos de continuidad afectiva. Por ello dejamos fuera los estudios centrados en emociones aisladas o interacciones efímeras sin proyección más allá del momento. El *corpus* se organiza en dos líneas: trabajos que entienden la noche como espacio de producción comunitaria y aportes que examinan vínculos cercanos reconfigurados en prácticas nocturnas.

Nofre y García-Ruiz (2023) realizan una amplia sistematización del campo de los *Nightlife Studies* y observan un giro analítico que prioriza la dimensión comunitaria de la vida nocturna. Este desplazamiento se consolidó con trabajos como *Common Culture* (Willis, 1990), *Club Cultures* (Thornton, 1996), *Clubbing: Dancing, Ecstasy and Vitality* (Malbon, 1999), *Urban Nightscapes* (Chatterton y Hollands, 2003) y *Every-night Life* (Fraser y Muñoz, 1997). En conjunto, estos textos situaron a la noche como un espacio de pertenencia, identidad y afectos colectivos, descentrando enfoques referidos al delito o la economía. La pandemia reforzó esta perspectiva al mostrar, simultáneamente, la fragilidad material de la vida nocturna y su importancia para sostener comunidades locales y transnacionales.

En esta línea, Nofre (2021) muestra cómo, en contextos de aislamiento, los espacios nocturnos mitigaron la soledad y reforzaron los lazos afectivos, volviéndose un recurso político y emocional para enfrentar la incertidumbre. Anderson y Knee (2020) analizan la experiencia de los espacios *queer* y documentan que, aunque los formatos digitales mantuvieron ciertas conexiones, no sustituyeron la centralidad del encuentro físico para la construcción de identidad y pertenencia. Ghaziani (2022) complementa esta lectura al mostrar que los barrios gay y las noches *queer* continúan operando como soportes de comunidad para la población LGBT+. Incluso frente a experiencias de racismo, homofobia y narrativas de declive, la noche aparece como un entramado de símbolos, prácticas y cuidados que posibilita vínculos colectivos en medio de tensiones estructurales.

Existen también numerosos trabajos que colocan al centro a comunidades étnicas y migrantes, y sus dimensiones transnacionales. Tee (2022) estudia *Diaspora Disco* en Londres, un proyecto de activismo curatorial en donde artistas de la diáspora asiática utilizan el espacio nocturno para acoplar pertenencias, resistencias y prácticas de cuidado frente a exclusiones institucionales. Jiang (2020) analiza la vida nocturna como catalizador de vínculos entre migrantes que refuerzan los lazos transnacionales aun cuando no se integran plenamente a las sociedades locales, lo que revela la ambivalencia de estas infraestructuras afectivas: facilitan el apoyo entre pares, pero pueden mantener fronteras simbólicas. En un ángulo novedoso, García-Ruiz (2024) examina el festival de luz *Mi-e Dor De Tine* y propone el concepto de *deferred communitas* para describir formas de comunidad que persisten más allá del encuentro físico, sostenidas por atmósferas lumínicas, memorias compartidas y circulación digital de imágenes. Su trabajo amplía la comprensión de la noche como espacio donde se producen identidades afectivas transnacionales, incluso sin copresencia.

Los vínculos comunitarios también han sido analizados en contextos marcados por la racialización. Hunter (2010) estudia la vida nocturna afroamericana en Chicago y propone la noción de *nightly round*, entendida como la secuencia de trayectos y paradas nocturnas mediante las cuales las personas tejen dos tipos de vínculos: a) lazos de apoyo –cuidado, presencias, amistad– y b) lazos de apalancamiento –contactos, oportunidades laborales y movilidad social–. Su propuesta muestra que la noche es un recurso vital para mitigar el aislamiento y negociar la segregación urbana. Además, pone énfasis en que el trayecto, la estancia y el regreso forman parte integral de la experiencia nocturna, ya que en todos se juegan dinámicas de exclusión, vigilancia y reapropiación. Grazian (2009) complementa esta perspectiva al mostrar que múltiples escenarios nocturnos tienden a reforzar la cohesión interna de grupos relativamente homogéneos (lo que denomina

bonding social capital) más que a generar vínculos que conectan a personas diversas (*bridging social capital*), lo que limita el potencial integrador del ocio.

En síntesis, estos trabajos muestran que la vida nocturna puede producir solidaridades fundamentales y, al mismo tiempo, reproducir fronteras de clase, raza y género. Esta ambivalencia evidencia cómo la noche funciona como un espacio donde se negocian pertenencias y desigualdades en paralelo.

La segunda línea del *corpus* pone el foco en los vínculos cercanos, en especial la amistad. Fileborn (2016) muestra que la pertenencia en *pubs* y clubes se construye mediante símbolos, normas de consumo y performances de género, pero se experimenta mediante redes de amistad que median la seguridad y la vulnerabilidad. Salir en grupo puede generar cuidado y protección, aunque también invisibilizar violencias o fomentar prácticas de riesgo. Macías (2023) analiza la amistad como eje estructurante del ocio nocturno en la Ciudad de México y muestra que su continuidad depende de condiciones desiguales de tiempo, trayectos y recursos, lo que tensa la posibilidad de sostener copresencia. Mientras este trabajo pone énfasis las barreras materiales que dificultan “estar con otros”, Truong (2018) estudia sociabilidades juveniles en Zúrich y documenta cómo las tecnologías digitales permiten incluir a quienes están ausentes y prolongar la experiencia nocturna, aunque también generan comparaciones constantes que introducen presiones sobre cómo y dónde *debería* vivirse la noche.

Smith (2014) distingue entre amistades instrumentales, ligadas al acceso y la participación en la economía nocturna, y amistades más duraderas que trascienden la temporalidad de los fines de semana. Ambas dependen de la continuidad de la participación nocturna, que funciona como un recurso de relevancia cultural y pertenencia. Swee Lin Ho (2012) examina cómo mujeres ejecutivas en Tokio utilizan las reuniones nocturnas como refugio emocional y espacio para negociar des-

igualdades de género, atenuar jerarquías corporativas y ensayar identidades alternativas; introduce una dimensión táctica. Nicholls (2019) analiza las llamadas “noches de chicas”, en el Reino Unido, como rituales que combinan intimidad, diversión y cuidado, pero que también reproducen presiones normativas de feminidad, consumo y apariencia, evidenciando la ambivalencia de la amistad femenina.

Los estudios coinciden en que los vínculos nocturnos no pueden entenderse como relaciones puramente subjetivas, ya que emergen dentro de estructuras políticas, sociales, espaciales y tecnológicas que condicionan las presencias/ausencias y sus circunstancias. Las tensiones de exclusión asociadas a clase, género, racialización y generación se materializan en precios, localizaciones, horarios, filtros de entrada y normas implícitas de comportamiento. También distinguen la diversidad de vínculos que se activan en la noche, desde lazos de cuidado que sostienen la copresencia hasta amistades instrumentales que facilitan acceso, pertenencias ampliadas que consolidan identidades colectivas y relaciones que habilitan recursos de movilidad y oportunidades.

En conjunto, la literatura muestra que en la vida nocturna se producen comunidades y vínculos cercanos, aunque la mayor parte de los trabajos se ha concentrado en un tipo de lazo o en escenarios específicos como clubes, festivales o bares. La presente propuesta busca articular estas líneas mediante los conceptos de repertorios de ocio nocturno y repertorios de vínculos afectivos, que permiten observar cómo distintas relaciones se sostienen de manera interdependiente en múltiples lugares, temporalidades y prácticas. Al incorporar espacios domésticos, trayectos y prolongaciones menos visibles, se amplía la comprensión de la noche como un entramado donde se articulan recursos materiales, emocionales y simbólicos indispensables para la vida urbana –en el caso empírico que sustenta este trabajo–, reconociendo que estos procesos pueden asumir formas propias en otros contextos sociales.

Desde esta perspectiva, el ocio nocturno no se reduce a la evasión ni al consumo, sino que implica producir bienestar, energía emocional y recursos sociales y culturales que incentivan la permanencia en los circuitos. La noche aparece como un espacio donde se ensayan pertenencias, se negocian desigualdades y se activan estrategias de resistencia vinculadas a la posición social de cada persona.

LAS FIGURACIONES Y EL TRABAJO EMOCIONAL COMO PUNTO DE PARTIDA

Desde la perspectiva figuracional, el tiempo se concibe como una construcción histórica que surge de las interdependencias sociales y no como un dato natural (Elias, 1989). Se entiende como un principio de coordinación que permite sincronizar actividades en cadenas cada vez más complejas, de modo que las personas aprenden a organizar sus vidas según los ritmos compartidos. Con el proceso civilizatorio (Elias, 2016), esta dimensión externa de control, materializada en artefactos como relojes o calendarios, se interioriza, de tal suerte que regulan su vida cotidiana en función de horarios y expectativas temporales. Así, el tiempo se convierte en un dispositivo de disciplina y diferenciación social, clave para entender cómo el ocio, y en particular el ocio nocturno, queda delimitado dentro de un orden temporal más amplio (Benítez, 2011; Velázquez y Balsley, 2021).

Una vez que hemos expuesto cómo se entiende el tiempo en la perspectiva que nos ocupa, el punto de partida obligado en este artículo es preguntar ¿qué significa hablar de ocio nocturno en las ciencias sociales y cómo puede iluminar las prácticas nocturnas? Elias y Dunning (2014) desarrollan una tipología de las actividades del tiempo libre, en la que el ocio se define como aquellas prácticas que se realizan una vez cubiertas las obligaciones laborales y de sostenimiento de la vida.

Además de la definición funcional, a la que nos apegamos, la contribución de los autores es el postulado de que el ocio opera como un espacio de *desregulación regulada* (Elias, 2018; Elias y Dunning, 2014). En el marco del proceso civilizatorio, los individuos han aprendido a interiorizar el autocontrol de sus emociones, desplazando las coacciones externas hacia mecanismos internos de disciplina, de modo que la vida cotidiana se encuentra cada vez más estandarizada por rutinas que minimizan la incertidumbre y restringen las oscilaciones emocionales (Elias, 2016). Así, en las sociedades modernas, organizadas en torno a un sistema capitalista anclado en el tiempo diurno, la noche aparece como el momento idóneo para desplegar el ocio, que al despojarse de la estructura vertical de los contextos laborales y roles rígidos, entonces, es una de las esferas donde se manifiestan con mayor claridad los procesos de regulación y desregulación de los afectos

Aunque la mayoría de la producción académica que retoma el modelo del ocio de Elías y Dunning (2014) se ha concentrado en los estudios del deporte, la noción de “descontrol controlado” ha mostrado una enorme plasticidad para analizar prácticas tan diversas como el yoga, la sexualidad o el consumo cultural (Aarons, 2011; Queiroz et al., 2020; Thurston y Bloyce, 2020). En todos estos casos se pone en evidencia el carácter socialmente producido de la emoción; aquello que parece un desborde individual responde a lineamientos sociales que delimitan cómo, dónde y con qué intensidad es aceptado distender los confines de la coacción.

Entonces, el ocio surge como un ámbito donde se busca suspender roles, relajar normas y acceder a estados anímicos intensos, en particular mediante la excitación y el juego. En palabras de Elias y Dunning (2014), el ocio se orienta a la búsqueda de la emoción, emerge como un mecanismo social que permite gestionar la tensión entre la necesidad de control y el deseo de descarga.

En el texto póstumo *Spontaneity and Self-consciousness* (Elias, 2018), la reflexión se afina al señalar que el problema

de la modernidad no es la escasez de tiempo libre, sino la dificultad de entregarse al ocio sin la mediación de la culpa. El autocontrol se expresa en la necesidad de justificar actividades no productivas en términos funcionales (como hacer deporte por autocuidado, o apreciar el arte por su valor cultural) en lugar de asumirlas por el placer espontáneo que producen. Desde este modelo, el ocio aparece como un ámbito donde las sociedades habilitan márgenes de goce sin desprenderse del todo de los parámetros del orden internalizado.

Sin embargo, aunque fundamental, esta formulación, elaborada desde contextos europeos de relativa estabilidad, tiene limitaciones cuando se traslada a contextos de precariedad como el mexicano. Si en el análisis eliasiano la simultaneidad de emociones positivas y negativas forma parte del atractivo del ocio en tanto que el resto de la vida es predecible por condiciones estructurales sólidas y benignas, la tensión, el riesgo, la competencia y el miedo se experimentan como parte del disfrute. Sin embargo, en la noche urbana de la Ciudad de México esta ambivalencia opera de otra manera.

En México el 74.8 por ciento de la población considera insegura su entidad federativa, mientras que el 60.7 por ciento de las personas mayores de 18 años identifica a la inseguridad como el principal problema del país (INEGI, 2024). Esta percepción se traduce en estrategias cotidianas de autoprotección que impactan directamente en las prácticas sociales. La más extendida es impedir que lxs menores de edad salgan de casa sin supervisión (61.4 por ciento), seguida de restringir las salidas nocturnas (45.9 por ciento). Al desagregar por género, la diferencia se acentúa: el 53.2 por ciento de las mujeres reporta haber dejado de salir de noche, frente al 37.7 por ciento de los hombres, lo que confirma cómo la violencia y su anticipación reconfiguran las posibilidades diferenciales de acceso al tiempo nocturno (INEGI, 2024). El miedo a asaltos y extorsiones en los trayectos, el cansancio acumulado por jornadas laborales extensas, la inseguridad, vinculada a la vio-

lencia de género, o la exclusión, marcada por las distinciones de clase, rara vez son experimentados como componentes atractivos de la experiencia nocturna. Estos se viven como cargas que acompañan inevitablemente al ocio nocturno y que tienen el potencial de arruinarlo. Así, en lugar de funcionar como una descarga controlada de tensiones, como sugeriría el modelo eliasiano, las emociones negativas suelen aparecer como recordatorios de la fragilidad estructural que rodea a la práctica del ocio en contextos precarizados, incluso para quienes cuentan con mayores recursos. En este sentido, la búsqueda de la emoción deja de ser un juego de tensiones dentro de un marco seguro y regulado para convertirse en un esfuerzo frágil y siempre expuesto por sostener la sociabilidad en medio de riesgos, desigualdades e incertidumbres.

Los enfoques del interaccionismo simbólico (Goffman, 2009), han aportado herramientas fundamentales para comprender la coordinación situacional y las dinámicas de copresencia. Sin restar valor a estas contribuciones, este trabajo opta por articular a Elias y Hochschild con la finalidad de entender cómo se organizan las interdependencias y la gestión emocional en el plano nocturno, introduciendo una escala analítica que excede la interacción cara a cara al considerar también las condiciones que posibilitan, sostienen y transforman dichos encuentros. Complementar la propuesta figuracional de Elias (2016, 2018; Elias y Dunning, 2014) con la teoría del trabajo emocional de Hochschild (1979, 1983) permite observar cómo la sociabilidad nocturna depende de la modulación activa de las emociones, entendidas como prácticas sociales reguladas, ancladas en expectativas colectivas y no como impulsos individuales.

Hochschild distingue entre *labor emocional* –la regulación afectiva bajo condiciones organizacionales y remuneradas– y *trabajo emocional* –la gestión no remunerada que sostiene la vida cotidiana–. Su estudio con auxiliares de vuelo (1983) permitió mostrar cómo la demanda empresarial de calidez y empatía convierte la disponibilidad afectiva en un recurso econó-

mico sustentado en disposiciones construidas como femeninas, mientras que, en investigaciones posteriores centradas en el ámbito doméstico (1989), analizó cómo el trabajo emocional distribuye de forma desigual las responsabilidades afectivas entre hombres y mujeres, incluso cuando ambos participan en el mercado laboral. En conjunto, estas aportaciones subrayan que la gestión emocional constituye una forma de organización social del género.

Este esfuerzo está orientado por las *reglas del sentir*, pautas sociales que prescriben qué emociones son apropiadas en determinado contexto, así como su intensidad, dirección y duración (Hochschild, 1979; 1983). Estas reglas muestran hasta qué punto las personas aprenden a “sentir adecuadamente” y a modular sus emociones de forma que la interacción mantenga continuidad y coherencia. Estas dinámicas se vuelven especialmente visibles en la vida nocturna, donde la posibilidad misma de sostener vínculos depende de ajustar emociones a las expectativas colectivas de cada situación.

En los bares y clubes, el personal debe producir atmósferas afectivas que induzcan en los clientes estados emocionales específicos, desde la euforia hasta la intimidad; lo cual constituye un claro ejemplo de labor emocional. Sin embargo, también entre quienes participan como asistentes encontramos un trabajo emocional no remunerado que ocurre antes, durante y después del encuentro: la organización logística del ocio nocturno, la negociación con parejas y familias, el cuidado mutuo en trayectos y la modulación de la propia expresividad para mantener la cohesión grupal son actividades esenciales que hacen posible estar en la noche. La noche demanda, en este sentido, una gestión emocional intensa que abarca tanto lo laboral como lo no laboral y que rebasa el momento del ocio en sí, extendiéndose a otras temporalidades que sostienen la copresencia nocturna.

Si bien la noción de trabajo emocional no fue formulada para analizar contextos de ocio, investigaciones sobre subculturas nocturnas y geografías de la noche han mostrado

cómo las atmósferas, los ritmos colectivos y las modulaciones sensoriales configuran disposiciones emocionales específicas en quienes participan en ella (Malbon, 1998; Shaw, 2014; Bøhling, 2014). Aunque no se inscriben en el marco conceptual de Hochschild, estos trabajos, entre otros, permiten situar la experiencia nocturna como un tiempo-espacio donde las emociones se moldean y circulan de manera socialmente organizada. Esta constatación justifica la incorporación analítica de la gestión emocional en el estudio del ocio nocturno, especialmente cuando se considera cómo estas dinámicas se distribuyen de manera desigual según el género.

Diversos estudios han mostrado que las mujeres suelen asumir una proporción significativa del trabajo emocional en contextos de ocio, tanto en la planificación como en la creación de ambientes acogedores (Green *et al.*, 1990; Deem, 1982; Duncombe y Marsden, 1993). En la noche urbana se traduce en una asignación desigual de responsabilidades afectivas y logísticas que replica dinámicas estructurales más amplias. A la vez, el ocio nocturno puede ser un espacio para cuestionar y resignificar estas normas, habilitando formas alternativas de cuidado y sociabilidad que ponen en tensión los modelos tradicionales de género.

Este recorrido abre la mirada hacia los afectos como fuerzas colectivas que circulan entre cuerpos, objetos y espacios. En la vida cotidiana, los afectos funcionan como infraestructuras invisibles que hacen posible la sociabilidad. Bowlby (2011) ha mostrado cómo la amistad implica prácticas de cuidado, copresencia y disponibilidad emocional que, aunque a menudo relegadas en el análisis sociológico, resultan centrales para el sostenimiento de comunidades. Del mismo modo, Illouz (2007) ha analizado cómo el amor y la intimidad contemporánea están atravesados por lógicas de consumo y racionalización, mostrando que incluso los vínculos más personales están modelados por estructuras sociales y económicas.

En este trabajose propone una conceptualización que combina la mirada figuracional de Elias con la teoría del trabajo emocional de Hochschild para iluminar el ocio nocturno como un tiempo-espacio donde los afectos son gestionados y puestos en juego en configuraciones relacionales específicas.

EL OCIO NOCTURNO Y LOS LAZOS QUE NOS UNEN: UNA PROPUESTA CONCEPTUAL

La propuesta que desarrollamos se deriva del trabajo etnográfico, en el que la observación y las entrevistas pusieron en evidencia dimensiones que requerían afinar los marcos teóricos disponibles. A partir de ese proceso se elaboraron los conceptos de repertorios de ocio nocturno y de vínculos afectivos, formulados en diálogo con las preguntas que guiaron la investigación. El objetivo de esta sección es presentarlos conceptualmente, de modo que la noche pueda analizarse como un tejido dinámico de interdependencias afectivas y materiales presente en distintos contextos.

LOS REPERTORIOS DE OCIO NOCTURNO

Entendemos por *repertorios de ocio nocturno* al conjunto de prácticas que se despliegan en distintos espacios, junto con los objetos que requieren, los roles que desempeñan, los efectos corpóreo-sensibles que producen y las temporalidades en las que se llevan a cabo. A diferencia de los trabajos que utilizan “repertorios nocturnos” como un recurso lingüístico —que no un concepto teórico— para únicamente describir la oferta de actividades disponibles en la ciudad, nuestra propuesta remite a las prácticas efectivas mediante las cuales las personas producen y habitan la noche, independientemente de la frecuencia con la que participen en ellas. Más que una enumeración de actividades específicas, el objetivo

del concepto es captar cómo dichas prácticas se organizan, qué función social cumplen y cómo se articulan en la vida cotidiana. Desde esta perspectiva, el ocio nocturno no puede entenderse como una suma de experiencias individuales, sino que debe mirarse como una totalidad relacional inscrita en múltiples figuraciones sociales.

Dentro del amplio rango de actividades que conforman la noche, los aportes de Green (2008, 2011) resultan esclarecedores porque muestran cómo las desigualdades estructurales anteceden la interacción al moldear la posición corporal y las expectativas de valoración en campos orientados al deseo. Sin embargo, ese nivel de análisis corresponde a un conjunto específico de prácticas y no comprende la variedad de actividades que conforman la noche. La noción de repertorios permite justamente ampliar la mirada: observar el entramado de acciones que hacen posible la experiencia nocturna, donde las dinámicas eróticas conviven con otras formas de sociabilidad que no se estructuran alrededor del deseo. Desde este ángulo, la participación nocturna incluye momentos de convivencia, cuidados, acompañamientos, desplazamientos y rutinas de continuidad afectiva que requieren apoyos, recursos y distribuciones desiguales de trabajo que también anteceden a cualquier encuentro.

Respecto de los espacios, el bar, recinto por excelencia de la economía nocturna, no agota la experiencia de la noche. Forma parte de una red más extensa de actividades que se comparten con distintos grupos y movilizan prácticas específicas. Su centralidad se comprende únicamente en relación con otras actividades, planificadas o espontáneas, que generen sensibilidades particulares sin abarcar por completo el ocio nocturno de las personas. A este entramado se suman los espacios domésticos y públicos, junto con sus intersticios, que también resultan significativos. Los tránsitos por la ciudad producen formas de apropiación y cuidado en el recorrido mismo, recordándonos que la experiencia nocturna se construye tanto en los destinos como en los trayectos (Hunter,

2010). Esta dimensión espacial dialoga con la propuesta de Soto (2012, 2014, 2022), quien muestra cómo la movilidad nocturna está marcada por desigualdades y cómo cada espacio —el bar, la casa, e incluso la calle— opera como un nodo que organiza la vivencia de la noche y donde se despliegan prácticas de cuidado.

Ahora bien, la participación en estos espacios excede la mera presencia física. La sociabilidad nocturna se organiza a partir de roles diferenciados que distribuyen tareas, responsabilidades y formas de visibilidad. Estas posiciones revelan que la noche funciona gracias a un entramado de esfuerzos desiguales, muchas veces invisibilizados, que garantizan la continuidad de la convivencia y se vuelven condición indispensable para que el disfrute compartido pueda desplegarse. En este proceso, como se señaló previamente, el trabajo emocional se distribuye de manera diferenciada: planear un encuentro, sostener la atmósfera o mediar conflictos, recae con mayor frecuencia en ciertas personas —particularmente mujeres—, lo que muestra cómo la producción del ocio está estructurada por desigualdades que sostienen, y a la vez tensionan, la experiencia nocturna (Green *et al.*, 1990).

A este entramado se suma la mediación constante de los objetos. Elementos como el alcohol, los teléfonos celulares, los recursos de la presentación de las personas como los atavíos y otros artefactos que posibilitan el arreglo personal, los taxis por aplicación o las decoraciones domésticas son soportes materiales que orientan las interacciones, condicionan atmósferas y establecen gradaciones de pertenencia. Su circulación enmarca los encuentros y contribuye a organizar la densidad afectiva de las experiencias.

Junto a estos dispositivos aparecen también los efectos corporales y sensibles. El cansancio o la euforia tras horas de baile, la embriaguez que facilita la intimidad, la música y la iluminación que alteran la percepción del cuerpo propio y del colectivo, entre otros, producen transformaciones en el estado físico, perceptivo y afectivo de quienes participan (García-

Mispireta, 2023). La calidad de una noche, memorable o frustrante, depende, en gran medida, de estas modulaciones sensibles.

Sin embargo, dichos efectos no surgen sólo como una respuesta inmediata a las condiciones del entorno; existe un proceso de aprendizaje que enseña a codificarlos como deseables o indeseables según el contexto. Las personas aprenden a interpretar las atmósferas nocturnas ideales y a coproducirlas con su presencia, lo que implica reajustar los umbrales de la sensibilidad: la aglomeración, el calor o el contacto con cuerpos desconocidos pueden vivirse como estimulantes en ciertas actividades del repertorio –como en un bar o un concierto– y como incómodos en otras, como una cena privada (Sabido, 2020). A estas vivencias hápticas se suman aprendizajes y puestas en escena que también forman parte de la gramática sensorial con la que se construye la noche de ocio.

Como muestra Ocejo (2010), en oficios urbanos contemporáneos como la coctelería, la construcción de atmósferas requiere desarrollar competencias gustativas y olfativas. De manera complementaria, Mears (2014, 2015) ha demostrado cómo en la economía nocturna los cuerpos y las apariencias se convierten en un saber en sí mismo. Aprender cómo vestirse, moverse o ser visto en determinados espacios constituye una forma de capital estético que organiza jerarquías de pertenencia (Nicholls, 2019). Así, las modulaciones del cuerpo y de los sentidos en la noche son prácticas socialmente codificadas que definen quién pertenece, cómo se experimenta el disfrute y qué vínculos se consolidan en cada contexto.

Finalmente, los repertorios de ocio nocturno también se entienden por las escalas temporales en las que se inscriben, que permiten observar distintos niveles de organización de la experiencia. La primera es la escala histórica, que determina qué formas de ocio nocturno resultan legítimas o incluso posibles en un periodo dado. Un ejemplo contundente es la diferencia entre los repertorios previos a la introduc-

ción de la luz eléctrica y los contemporáneos, que ampliaron horarios y transformaron las modalidades de relación con la noche. La segunda es la escala biográfica, pues distintas etapas vitales suponen accesos diferenciados al ocio nocturno; basta con pensar en los repertorios típicos de la infancia vs aquellos de la adultez o la senectud. Cada etapa vital imprime expectativas, límites, logísticas y disposiciones particulares. La tercera es la escala de la recurrencia, vinculada a la frecuencia con la que se practican ciertas actividades; participar de ellas cada semana, una vez al mes o de manera excepcional reordena cuáles se vuelven centrales o periféricas dentro del repertorio. Por último, se encuentra la escala situacional, que abarca la temporalidad de una salida específica: la anticipación durante la planeación, la intensidad de la copresencia y las huellas posteriores en vínculos, memorias y afectos que prolongan la experiencia más allá de la noche en sí.

*LAS CONDICIONES DE (IM)POSIBILIDAD
DE LOS REPERTORIOS DE OCIO NOCTURNO*

Para comprender los repertorios de ocio nocturno es indispensable atender a sus condiciones de posibilidad e imposibilidad, considerando al mismo tiempo las presencias que habilitan y las ausencias que producen.

Así, a partir de nuestro estudio de caso se exploraron los criterios más sobresalientes que definen la posibilidad de acceder a las diferentes actividades del ocio nocturno. Estos criterios de presencia/ausencia son representativos de la vida nocturna en general, aunque no la circunscriben por completo: las desigualdades de clase (Grazian, 2009), las distinciones de género (Nicholls, 2019), racialización (Hunter, 2010) y las limitaciones impuestas por el tiempo disponible (Green et al., 1990).

El acceso al ocio nocturno está constreñido por condiciones materiales que dependen de la posición de clase. Inde-

pendientemente de las preferencias que las personas puedan tener, los recursos económicos determinan qué circuitos son accesibles y con qué frecuencia, delimitando desde la posibilidad de pagar la entrada o el consumo, hasta la viabilidad de costear los traslados. Además de pagar por *estar en la noche*, hay gastos necesarios para llegar a ella, para sostenerla en condiciones seguras, ofrecerla a otrxs, construir atmósferas que la hacen posible, o incluso para tercerizar los cuidados que, de otra manera, impedirían la participación. De este modo, las diferencias de clase marcan no sólo la presencia, sino también la calidad y la continuidad de la participación, configurando repertorios desiguales de prácticas nocturnas y generando fronteras materiales que estructuran la experiencia de principio a fin.

Además de la dimensión económica, existen parámetros morales que clasifican y jerarquizan las actividades nocturnas. Históricamente, la noche ha estado asociada con peligros, excesos y prácticas transgresoras, lo que la convierte en un terreno entendido como ilegítimo *per se* y que obliga a justificar la presencia en él, aparte de mantenerla bajo control mediante legislaciones, regulaciones y dispositivos institucionales, así como a través de sanciones morales y coacciones sociales ejercidas en la interacción cotidiana. En este marco, no todos los cuerpos resultan igualmente apropiados para habitar la noche, ya que, dependiendo de su posición social, de género, clase, grupo etario y otros marcadores identitarios como la orientación sexual, algunos se perciben como legítimos mientras que otros son vulnerados, expuestos a mayores riesgos o estigmatizados como presencias indebidas. En consecuencia, actúa como un filtro simbólico que ordena a lxs sujetos y a sus repertorios de acuerdo con la frecuencia de su participación, los recintos que habitan o la compañía con la que acuden. Lo que parece un repertorio abierto se revela, en realidad, modelado por mecanismos de distinción y exclusión moral que condicionan las posibilidades de reconocimiento y pertenencia en el ocio nocturno.

El género constituye un eje fundamental en estas jerarquías. La participación de las mujeres en la vida nocturna es sancionada socialmente con mayor severidad que la de los hombres, y se justifica a menudo mediante narrativas de vulnerabilidad naturalizada, mismas que colocan a las mujeres como cuerpos intrínsecamente inadecuados para el espacio nocturno en lugar de pensarlas como personas capaces de ejercer agencia y resistencias (Bautista, 2022). Esta exclusión, aunque puede antojarse reduccionista, revela cómo las jerarquías del acceso determinan quién puede ocupar el espacio nocturno, en qué condiciones de legitimidad y con qué márgenes de seguridad.

El tiempo y sus diversas expresiones de escasez constituyen otra de las principales barreras en el acceso al ocio nocturno. Su disponibilidad requiere ser distribuida y negociada. La existencia limitada del tiempo libre nocturno obliga a organizar los repertorios en función de las prácticas que se privilegian y las que se postergan. Esa priorización se encuentra ligada, al mismo tiempo, a la valoración de ciertos vínculos afectivos por encima de otros, lo que genera tensiones permanentes en la búsqueda de un equilibrio. De manera paralela, el tiempo nocturno se encuentra determinado por el diurno; aun cuando existen horas libres, las responsabilidades cotidianas del día imponen límites a su disponibilidad. Aunque el tiempo nocturno se encuentre vacante, no es accesible en su concatenación con el día. En esa misma lógica, el cansancio acumulado o la falta de disposición emocional pueden volver inviable la participación. En ocasiones, retirarse del circuito funciona como una forma de cuidar los vínculos, pues participar sin el tono emocional correcto puede desgastarlos más que sostenerlos. Finalmente, el tiempo libre nocturno se encuentra marcado por desigualdades estructurales. Las mujeres, al enfrentar cargas de cuidado más intensas, disponen de un acceso más restringido, lo que convierte al tiempo en un recurso distribuido de manera desigual (Deem, 1982; Green et al., 1990). De este

modo, el tiempo de ocio no aparece como un bien dado, sino como un recurso condicionado por límites sociales y subjetivos que definen tanto la posibilidad de estar en la noche como los modos en los que se sostienen los lazos a través de ella. En conjunto, clase, moral, género y tiempo configuran un andamiaje que organiza los repertorios nocturnos, produciendo accesos diferenciados.

Las dinámicas de exclusión descritas no operan únicamente entre grupos sociales distintos, también atraviesan a los colectivos que participan juntos en la noche. En una pareja heterosexual, por ejemplo, la mujer enfrenta restricciones de género que su compañero no experimenta; en un grupo de amistad, la heterogeneidad de posiciones sociales hace que algunas personas dispongan de más recursos de tiempo o dinero que otras. Estas diferencias obligan a negociar constantemente qué prácticas son posibles, lo que impacta no sólo en las actividades que se realizan, sino también en los vínculos que se busca sostener a través de ellas. La convivencia nocturna depende, en este sentido, de equilibrar las desigualdades internas que marcan tanto el repertorio de prácticas como la densidad de las relaciones.

Todas estas barreras de exclusión entrelazadas en la experiencia individual y la dinámica colectiva sostienen que el ocio nocturno dista de ser una actividad plenamente libre. Más bien, su realización depende de constantes negociaciones y esfuerzos que permiten, con dificultad, que la participación sea posible. Si el tiempo nocturno libre es escaso, puede resultar riesgoso, su presencia en él sancionada y, además, onerosa —condiciones que se intensifican en escenarios de precarización estructural—, entonces surge la pregunta de por qué se participa en la noche. Lo que encontramos es que, más allá de imaginarla únicamente como un espacio de hedonismo, el motor principal son los vínculos que permite sostener, cultivar o transformar. De ahí la necesidad de pensar los repertorios de ocio siempre en relación con los repertorios de lazos afectivos.

A partir de esta constatación empírica proponemos complementar el concepto de “repertorios de ocio” con el de “repertorios de vínculos afectivos”, que se desarrollan a continuación. Esta articulación es necesaria porque las prácticas nocturnas no se sostienen por sí solas, no ocurren en un vacío, dependen de los vínculos sociales que las hacen posibles y les otorgan sentido. La intención es ofrecer una herramienta conceptual que capture tanto las formas en las que se participa en el ocio nocturno, como las maneras en las que éste moldea sensibilidades, vínculos y estructuras de pertenencia. Así, los repertorios de ocio están intrínsecamente engarzados con los repertorios de lazos afectivos.

REPERTORIO DE VÍNCULOS AFECTIVOS

Llamamos *repertorios de vínculos afectivos* al conjunto de relaciones en interacción que se sostienen, se transforman o se interrumpen en y a través del ocio nocturno.

Aunque más adelante exploramos cómo se configuran diversos vínculos en sí mismos, lo que nuestro concepto busca es destacar cómo estos lazos conforman configuraciones sociales dinámicas, orientadas por emociones, normas y expectativas. La noción de repertorio de vínculos afectivos permite subrayar que no se trata de lazos aislados, sino que son relaciones que requieren distintos tipos de trabajo, principalmente emocional, para mantenerse, que se reacomodan frente a circunstancias cambiantes y que adquieren sentido en los repertorios de ocio nocturno.

En este marco, resulta clave la noción de trabajo emocional desarrollada por Hochschild (1979, 1983), que en el ocio nocturno se expresa en la necesidad de regular la emocionalidad para sostener la convivencia, armonizar expectativas y producir atmósferas colectivas. Participar en la noche exige ajustes afectivos continuos que, independientemente de si son remunerados o no, constituyen condiciones indispensables para que los lazos se fortalezcan y la experiencia compartida tenga lugar.

Este trabajo emocional se manifiesta en múltiples frentes: compatibilizar expectativas en la pareja, sostener la cohesión de un grupo de amistades o generar un clima de disfrute colectivo son formas de gestión emocional que atraviesan la noche. La distribución de esta labor está mediada por las condiciones de im(possibilidad) exploradas en el apartado anterior, a saber, clase, género, estratificaciones morales sobre los cuerpos legítimos de ocio nocturno y la disponibilidad de tiempo. Éstas inciden sobre quién asume qué manifestación del trabajo emocional, cuándo y con qué costos literales o simbólicos. Al situar en primer plano el trabajo emocional que los hace posibles, los repertorios de vínculos afectivos permiten visibilizar las formas de producción, el sostenimiento y la transformación de los lazos sociales.

La noche funciona como un espacio de experimentación relacional donde los límites entre lo íntimo y lo público, y lo duradero y lo efímero, se vuelven porosos y están sujetos a una negociación constante. En este marco, hablar de repertorios de vínculos afectivos no remite a clasificaciones rígidas, sino a observar cómo distintas relaciones se sostienen, se tensan o se transforman en contextos atravesados por desigualdades y expectativas emocionales. Sobre esta base, resulta pertinente explorar las formas específicas que adoptan estos lazos en el ocio nocturno, atendiendo tanto al trabajo emocional que los hace posibles como a las tensiones que los reconfiguran.

VÍNCULOS AFECTIVOS EN INTERACCIÓN

No es casualidad que los trabajos analizados en el estado de la cuestión recuperen la amistad como el núcleo organizador de la copresencia nocturna. Dicha configuración no se limita a compartir un espacio de ocio; se convierte en una infraestructura de cuidado y reconocimiento entre pares. Su continuidad descansa en tareas de sintonización afectiva que van desde convocar y garantizar la inclusión hasta contener tensiones y mediar desacuerdos. Este trabajo emocional mantie-

ne la convivencia y establece posiciones diferenciales al interior del grupo, ya que quienes asumen la responsabilidad de sostener la atmósfera tienden a ocupar lugares centrales mientras que otrxs se desplazan hacia los márgenes.

La pareja introduce otro conjunto de negociaciones que modulan ritmos, espacios y visibilidades en la vida nocturna. Participar en el ocio nocturno bajo esta configuración vincular implica compatibilizar proyectos vitales y tiempos, lo que exige un trabajo emocional orientado a equilibrar expectativas de apoyo, validación o autonomía. Aquí las reglas del sentir se expresan con especial fuerza y definen qué emociones resultan legítimas en la relación, como el cuidado, los celos o la restricción de ciertas prácticas. En parejas heterosexuales, para algunos varones la pareja puede otorgar respetabilidad, mientras que para muchas mujeres representa un campo donde deben gestionar simultáneamente demandas de protección y reclamos de independencia (Smith, *et al.*, 1988).

La familia opera de manera ambivalente como soporte y como restricción, puede habilitar la participación en la noche mediante la provisión de recursos materiales o la redistribución de cuidados, al mismo tiempo que actúa como dispositivo de regulación moral que fija umbrales de legitimidad y define la disponibilidad afectiva de sus integrantes. El trabajo emocional en este ámbito se dirige a equilibrar la lealtad familiar con el deseo de autonomía, una tensión que se expresa en justificaciones, silencios o en la aceptación de responsabilidades adicionales para sostener la posibilidad de estar en la noche.

Los vínculos fugaces muestran que los repertorios afectivos no se reducen a lazos estables. Los encuentros efímeros con desconocidxs producen intensidades memorables que densifican la experiencia y generan solidaridades momentáneas (García-Mispireta, 2023). Aquí también operan reglas del sentir que prescriben apertura, complicidad inmediata y expresividad desbordada. El trabajo emocional consiste en

sincronizar con rapidez estados de ánimo y niveles de confianza para construir una comunidad transitoria cuya huella se prolonga en la memoria colectiva. De este modo, aun lo efímero se integra en la textura de la noche y amplía los márgenes de lo posible en la sociabilidad nocturna.

En conjunto, estas formas de vinculación muestran que la participación en la vida nocturna no puede entenderse como un ejercicio espontáneo de diversión. La amistad, la pareja, la familia y los encuentros fugaces son aquello que da sentido a las prácticas y en el principal motivo para asumir los costos y riesgos que implica estar en la noche en contextos precarios como la Ciudad de México.

DISCONTINUIDADES BIOGRÁFICAS Y HETEROGENEIDADES

Los repertorios afectivos se recalibran con el paso del tiempo y se transforman ante giros biográficos (Featherstone, 1987) como el ingreso a empleos más demandantes, la asunción de cuidados, las mudanzas o las rupturas sentimentales. Cada uno de estos eventos desplaza prioridades, modifica la intensidad de los lazos y altera los formatos de convivencia. Lo que antes era un grupo convocado con facilidad puede fragmentarse por falta de tiempo, y lo que parecía periférico adquirir centralidad en momentos de crisis. De este modo se reescribe continuamente quién asume qué tareas emocionales y logísticas, configurando un paisaje en constante reacomodo de obligaciones afectivas y márgenes de disfrute. El ocio nocturno funciona, en ese sentido, como un indicador nodal de las transformaciones que atraviesan tanto la vida individual como la estructura social, particularmente en la adultez joven.

Si bien de la infancia a la juventud las trayectorias tienden a mantenerse relativamente homogéneas, en el grupo etario de 30-40 años se producen bifurcaciones significativas. Algunas personas emprenden trayectorias orientadas al matrimonio y la crianza, mientras que otras prolongan formas de

sociabilidad y repertorios asociados con sensibilidades juveniles. Esta divergencia introduce tensiones en la copresencia nocturna y revela cómo las cohortes se diferencian internamente, obligando a renegociar pertenencias y a redefinir los límites de la vida compartida, en tanto la interacción cara a cara opera como un don que activa afectos como la reciprocidad y la gratitud.

Bajo este panorama, las vinculaciones afectivas en la noche no se despliegan dentro de agrupamientos uniformes. A las bifurcaciones vitales se suman diferencias de género, orientación sexual y posición social que coexisten dentro de los mismos círculos. A partir de esta heterogeneidad, la propuesta conceptual desarrollada aquí se sustenta en las dinámicas observadas en la población descrita previamente. No obstante, su alcance excede este caso empírico: al iluminar cómo se distribuye el trabajo emocional, cómo se configuran distintas escenas nocturnas y cómo se reordenan los compromisos afectivos, la propuesta permite examinar la vida nocturna como una trama de sociabilidades que se transforma con el tiempo y según la posición social de quienes participan.

LAS MEDIACIONES MATERIALES

En los repertorios de vínculos afectivos, las mediaciones materiales sostienen cuidados y refuerzan la cohesión grupal. Los dispositivos digitales permiten acompañar a la distancia y coordinar los encuentros. De manera complementaria, la producción de atmósferas nocturnas mediante música, iluminación o arreglos del espacio puede entenderse como un gesto de hospitalidad y cuidado hacia lxs demás, pues busca crear condiciones favorables para el disfrute compartido. Estas mediaciones no sólo amplifican la expresividad colectiva, también traducen obligaciones afectivas en prácticas concretas que estabilizan las relaciones en medio de la fragilidad del tiempo nocturno.

LAS DESIGUALDADES DEL TRABAJO EMOCIONAL

La gestión emocional que hace posible el sostenimiento de los repertorios de vínculos afectivos, como hemos reiterado, no se reparte de manera equitativa. Las mujeres suelen quedar sobrerrepresentadas en las tareas de convocatoria, cuidado, armonización y reparación, lo que reproduce desigualdades de género al interior de la sociabilidad nocturna (Green *et al.*, 1990). La posición de clase también incide, ya que determina en qué medida es posible tercerizar labores de soporte como contratar servicios de transporte, delegar cuidados domésticos o acceder a espacios más seguros y, por lo tanto, reducir la carga emocional asumida directamente. A ello se suma el tiempo disponible, que no siempre coincide con el tiempo usable: quienes tienen menos disponibilidad cuentan con márgenes mucho más estrechos para responder a las expectativas del grupo. Dichas asimetrías muestran cómo las dinámicas de los repertorios de vínculos reflejan la distribución desigual de recursos y responsabilidades, al tiempo que contribuyen a reproducir las jerarquías que estructuran la vida social más allá de la noche.

UNA REFLEXIÓN SOBRE LOS APORTES A LOS ESTUDIOS DE LA NOCHE

Pensar la noche desde los repertorios de ocio y los de vínculos afectivos permite comprender que el ocio nocturno no puede reducirse a una secuencia de prácticas, ya que constituye un campo donde se organizan emociones, cuidados y pertenencias colectivas. Este enfoque complementa la atención puesta en las prácticas con el análisis del trabajo afectivo que las hace posibles, y muestra que la noche no sólo habilita encuentros, también exige una inversión constante de energía emocional para mantenerlos. Al situar el trabajo emocional en el centro del análisis se clarifican los mecanismos que

permiten a las personas participar en la vida nocturna a pesar de los costos, riesgos y restricciones; sin ese esfuerzo sostenido en colectividad no serían posibles los vínculos indispensables para la vida social. En este sentido, los repertorios afectivos muestran al ocio nocturno como espacio de integración y fricción, revelando dónde se sitúan las responsabilidades de propiciar la convivencia y cómo inciden en los sentidos de pertenencia y en las trayectorias biográficas.

Ocio nocturno y vínculos afectivos conforman dimensiones inseparables de una misma experiencia social. Las actividades en las que se participa no sólo funcionan como puntos de reunión en un momento específico; son escenarios donde se actualizan las relaciones y se decide su continuidad. Lo que ocurre en la copresencia nocturna repercute en la intensidad y el sentido de los lazos durante la vida diaria, y se proyecta más allá de la noche.

Así, los repertorios aparecen como mutuamente constituidos. El ocio nocturno ofrece el escenario donde los vínculos se ponen a prueba, se ensayan y se negocian, mientras que los lazos orientan las formas de convivencia, modulan las dinámicas de proximidad y organizan la presencia compartida. La interdependencia entre ambos revela que la vida social nocturna no puede entenderse únicamente como consumo de actividades ni como mantenimiento aislado de relaciones, sino como procesos simultáneos que se transforman mutuamente.

Explorar cómo se organizan los repertorios de ocio y de vínculos afectivos en distintos colectivos permitiría iluminar con mayor nitidez las desigualdades que estructuran la participación nocturna, así como las circunstancias materiales y emocionales que la hacen posible.

En esta línea, una agenda de investigación relevante es analizar comparativamente cómo se configuran estos repertorios entre cohortes: desde sociabilidades juveniles y transiciones a la adultez, hasta generaciones que transitaron la noche en periodos históricos marcados por tecnologías y normatividades distintas.

También permanece abierta la necesidad de examinar cómo se estructuran los repertorios en grupos de la diversidad sexual, en contextos internacionales con economías nocturnas más robustas y en entornos no urbanos donde la noche adquiere significados rituales, festivos o comunitarios específicos. Estas variaciones permitirían observar cómo se ensamblan cuidados, formas de pertenencia y dinámicas afectivas en escenarios heterogéneos.

Asimismo, investigaciones futuras podrían incorporar una dimensión transnacional, considerando cómo los repertorios nocturnos se configuran en relación con circuitos migratorios, flujos culturales e industrias creativas globales. Estas dinámicas, al inscribirse en contextos concretos, generan tensiones propias en torno a pertenencias, expectativas y exclusiones.

En conclusión, el abordaje analítico desarrollado aquí ofrece herramientas útiles para pensar la vida nocturna más allá del caso específico trabajado. Si bien parte de configuraciones propias con características delimitadas —repertorios de personas de entre 30 y 40 años, de sectores clasemedios en la Ciudad de México—, su potencial radica en la posibilidad de ajustarse a otros escenarios sociales y culturales.

En términos metodológicos, el enfoque planteado abre la posibilidad de articular investigaciones futuras bajo una misma matriz analítica. Hablar de repertorios de ocio nocturno y de vínculos afectivos permite diseñar comparaciones sistemáticas, además de integrar distintos enfoques empíricos en un marco común de análisis.

Con ello, este artículo no sólo busca proponer un marco conceptual para pensar la noche en la intersección entre ocio y afectividad, sino que ofrece un instrumento analítico aplicable a otros entornos, capaz de guiar comparaciones, afinar metodologías y abrir nuevas indagaciones sobre cómo los vínculos sostienen la vida social nocturna.

En última instancia, aproximarse a la noche desde sus repertorios de ocio y de vínculos afectivos permite reconocer la centralidad social de los procesos que tienen lugar al caer el

sol. Las escenas nocturnas condensan decisiones, expectativas y responsabilidades que no siempre son visibles durante el día y que, sin embargo, estructuran la continuidad de los lazos sociales. Comprender esta trama permite situar a la noche como un ámbito donde se articulan formas de presencia que dan consistencia a la vida colectiva. Al mostrar cómo se organizan estos procesos, el enfoque propuesto invita a ampliar las preguntas sobre la manera en la que las sociedades sostienen su tejido afectivo.

BIBLIOGRAFÍA

- AARONS, Haydn (2011). "On Elias and Dunning's mimetic leisure: Revitalising the sociology of taste", *Cambio: Rivista sulle trasformazioni* 1 (2): 120-135. Disponible en: <<https://doi.org/10.13128/cambio-19476>>.
- ANDERSON, Austin y Eric Knee (2020). "Queer Isolation or Queering Isolation? Reflecting upon the Ramifications of COVID-19 on the Future of Queer Leisure Spaces", *Leisure Sciences* 43 (1-2): 118-124. Disponible en: <<https://doi.org/10.1080/01490400.2020.1773992>>.
- BAUTISTA ARIAS, Miriam (2022). "Las chicas ya no quieren divertirse: Violencia de género y autocuidado en la zona conurbada a la Ciudad de México", *Encartes* 5 (10): 43-69. Disponible en: <<https://doi.org/10.29340/en.v5n10.266>>.
- BECERRA, Julio (2018). "Productores y productoras de nocturnidad: Subjetividad y diferencia de género en la práctica, requerimientos y riesgos del trabajo realizado en bares de la Ciudad de México", *Revista Latinoamericana de Antropología del Trabajo* (4): 1-29.
- BENÍTEZ LARGHI, Sebastián (2011). "Tiempo y clase en la modernidad: Una visión a partir de Elias y Foucault", *Estudios Sociológicos de El Colegio de México* 29 (87): 949-980. Disponible en: <<https://doi.org/10.24201/es.2011v29n87.177>>.

- BØHLING, Frederik (2014). "Crowded contexts: On the affective dynamics of alcohol and other drug use in nightlife spaces", *Contemporary Drug Problems* 41 (3): 361-392.
- BOWLBY, Sophie (2011). "Friendship, co-presence and care: neglected spaces", *Social & Cultural Geography* 12 (6): 605-622. Disponible en: <<https://doi.org/10.1080/14649365.2011.601264>>.
- CHATTERTON, Paul y Robert Hollands (2003). *Urban Nightscapes: Youth Cultures, Pleasure Spaces and Corporate Power*. Londres: Routledge.
- CRAWFORD, Adam y John Flint (2009). "Urban safety, anti-social behaviour and the night-time economy", *Criminology & Criminal Justice* 9 (4): 403-413. Disponible en: <<https://doi.org/10.1177/1748895809343390>>.
- DEEM, Rosemary (1982). "Women, leisure and inequality", *Leisure Studies* 1 (1): 29-46. Disponible en: <<https://doi.org/10.1080/02614368200390031>>.
- DUNCOMBE, Jean y Deniss Marsden (1993). "Love and intimacy: The gender division of emotion and emotion work", *Sociology* 27 (2): 221-241.
- ELIAS, Norbert (1989). *Sobre el tiempo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- ELIAS, Norbert (2016). *El proceso de la civilización: Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- ELIAS, Norbert (2018). "Spontaneity and self-consciousness". En *Excitement processes. Norbert Elias's unpublished Works on sports, leisure, body, culture* editado por J. Haut, P. Dollan, D. Reicher y R. Sánchez García, 23-76. Wiesbaden: Springer VS.
- ELIAS, Norbert y Eric Dunning (2014). *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- FEATHERSTONE, Mike (1987). "Leisure, symbolic power and the life course". En *Sport, Leisure and Social Relations*, editado por J. Dorne, D. Jary y A. Tomlinson. Londres: Routledge.

- FILEBORN, Bianca (2016). *Reclaiming the night-time economy. Unwanted sexual attention in pubs and clubs*. Londres: Palgrave Macmillan.
- FRASER DELGADO, Celeste y José Esteban Muñoz (eds.) (1997). *Everynight Life: Culture and Dance in Latin/o America*. Durham, Reino Unido: Duke University Press.
- GARCÍA-MISPIRETA, Luis Manuel (2023). *Together somehow. Music, affect and intimacy on the dancefloor*. Estados Unidos: Duke University Press.
- GARCÍA-RUIZ, M. (2024). "Mi-e Dor De Tine: Light Festivals, Emotional Narratives and Romanian Diaspora", *Philosophy of the City Journal* 2: 60-71. Disponible en: <<https://doi.org/10.21827/potcj.2.5>>.
- GHAZIANI, Amin (2022). "Belonging in gay neighborhoods and queer nightlife". En *Introducing the New Sexuality Studies*, editado por N. Fischer, L. Westbrook y S. Seidman, 540-550. Londres: Routledge. Disponible en: <[https://doi.org/10.4324/9781003163329 pp 820](https://doi.org/10.4324/9781003163329_pp_820)>.
- GOFFMAN, Erving (2009). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- GRAZIAN, David (2007). "The Girl Hunt: Urban Nightlife and the Performance of Masculinity as Collective Activity", *Symbolic Interaction* 30: 221-243. Disponible en: <<https://doi.org/10.1525/si.2007.30.2.221>>.
- GRAZIAN, David (2009). "Urban Nightlife, Social Capital, and the Public Life of Cities", *Sociological Forum* 24: 908-917. Disponible en: <<https://doi.org/10.1111/j.1573-7861.2009.01143.x>>.
- GREEN, Adam Isaiah (2011). "Playing the (Sexual) Field: The Interactional Basis of Sexual Stratification", *Social Psychology Quarterly* 74: 244-266.
- GREEN, Adam Isaiah (2008). "The Social Organization of Desire: The Sexual Fields Approach", *Sociological Theory* 26: 25-50.
- GREEN, Adam Isaiah (2013) *Sexual Fields.: Toward a Sociology of Collective Sexual Life*. University of Chicago Press.

- GREEN, Eileen, Sandra Hebron y Diana Woodward (1990). *Women's leisure, what leisure?* Nueva York: Macmillan.
- Ho, Swee Lin (2012). "Tokyo at 10: establishing difference through the friendship networks of women executives in Japan", *The Journal of the Royal Anthropological Institute* 18 (1): 83-102. Disponible en: <<https://doi.org/10.1111/j.1467-9655.2011.01732.x>>.
- HOCHSCHILD, Arlie (1979). "Emotion work, feeling rules, and social structure", *American Journal of Sociology* 85 (3): 551-575.
- HOCHSCHILD, Arlie (1983). *The managed heart: Commercialization of human feeling*. Berkeley: University of California Press.
- HOCHSCHILD, Arlie (1989). *The second shift*. Nueva York: Penguin Books.
- HUNTER, Marcus Anthony (2010). "The Nightly Round: Space, Social Capital, and Urban Black Nightlife", *City & Community* 9 (2): 165-186. Disponible en: <<https://doi.org/10.1111/j.1540-6040.2010.01320.x>>.
- ILLOUZ, Eva (2007). *Cold intimacies: The making of emotional capitalism*. Cambridge: Polity Press.
- INEGI (2024). *Encuesta Nacional de Victimización sobre Seguridad Pública (ENVIPE)*. Ciudad de México: Instituto Nacional de Estadística y Geografía.
- JIANG, Wenjia (2017). "The role of urban nightlife in perceived social integration: Perspectives of international students in Nanjing". Países Bajos: Tesis Utrecht University
- LICONA, Ernesto y Jessica Sánchez (2016). "Beber, bailar, ligar. La construcción social de la noche en San Andrés Cholula, Puebla", *Revista de Antropología Experimental* 16: 443-455.
- MACÍAS, Yolanda (2023). " 'Las cosas que uno hace por los amigos': vinculaciones sensibles del habitar la noche de la ciudad central y la noche suburbana en la Ciudad de México", *Forum Sociológico*, 43: 67-75. Disponible en: <<https://doi.org/10.4000/sociologico.11913>>.

- MACÍAS, Yolanda (2025). "Salir, sentir y sostener: vínculos afectivos en el ocio nocturno. El caso de la Ciudad de México" (Tesis doctoral). Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Cuajimalpa.
- MALBON, Ben (1998). "The club: Clubbing: Consumption, identity and the spatial practices of Every-Night life", en *Cool places. Geographies of youth cultures*, editado por S. Tracy y G. Valentine, 267-287. Londres y Nueva York: Routledge.
- MALBON, Ben (1999). *Clubbing: Dancing, Ecstasy, Vitality*. Londres: Routledge.
- MEARS, Ashley (2014). "Aesthetic Labor for the Sociologies of Work, Gender, and Beauty", *Sociology Compass* 8: 1330-1343. DOI: <10.1111/soc4.12211>.
- MEARS, Ashley (2015). "Working for Free in the VIP: Relational Work and the Production of Consent", *American Sociological Review* 80 (6): 1099-1122. Disponible en: <<https://doi.org/10.1177/0003122415609730>>.
- MERCADO-CELIS, Alejandro (2018). "Gobernanza de la economía nocturna en la Ciudad de México". En *Gobernando la Ciudad de México*, editado por Patrick Le Galés y Vicente Ugalde, 161-200. México: COLMEX-CEDUA.
- MERCADO-CELIS, Alejandro (2022). "Geografía urbana de la economía nocturna en la frontera México-Estados Unidos. El caso de las ciudades de Tijuana y San Diego". En *Noche urbana y economía nocturna en América del Norte*, editado por Alejandro Mercado-Celis y Edna Hernández. Ciudad de México: CISAN, UNAM.
- NICHOLLS, Emily (2019). *Negotiating femininities in the neoliberal night-time economy. Too much of a girl?* Reino Unido: Palgrave Macmillan
- NOFRE, Jordi (2021). "Nightlife as a source of social wellbeing, community-building and psychological mutual support after the Covid-19 pandemic", *Annals of Leisure Research* 26 (4): 505-513. Disponible en: <<https://doi.org/10.1080/11745398.2021.1964991>>.

- NOFRE, Jordi y Manuel García-Ruiz (2023). "Nightlife Studies: Past, present and future", *Dancecult: Journal of Electronic Dance Music Culture* 15 (1): 93-112. <https://doi.org/10.12801/1947-5403.2023.15.01.05>
- OCEJO, Richard (2010). "What'll it be? Cocktail bartenders and the redefinition of service in the creative economy", *City, Culture and Society* 1 (4): 179-184. Disponible en: <<https://doi.org/10.1016/j.ccs.2011.01.004>>.
- QUEIROZ, Adriana, Ana Claudia Couto, Ludmila Silva y Cristiane Drumond (2020). "Expresión de la sexualidad de una habitante de una residencia terapéutica como ocio: Encuentros entre Elias y Dunning y la Terapia Ocupacional", *Revista Ocupación Humana* 20 (1): 106-117.
- SABIDO RAMOS, Olga (2020). "La proximidad sensible y el género en las grandes urbes: una perspectiva sensorial", *Estudios sociológicos* 38 (112): 201-231. Disponible en: <<https://doi.org/10.24201/es.2020v38>>.
- SÁNCHEZ, Jessica e Isaura García (2021). "Los noctívagos, actores en la escena de diversión nocturna en Puebla". En *La nocturnidad: espacios y prácticas sociales*, coordinado por Ernesto Licona Valencia y Mariana Figueroa Castelán, 125-135. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- SHAW, Robert (2014). "Beyond night-time economy: Affective atmospheres of the urban night", *Geoforum* 51: 87-95.
- SMITH, Oliver (2014). *Contemporary adulthood and the night-time leisure economy. Working to live*. Palgrave Macmillan
- SMITH, Gregory, Douglas Snyder, Timothy Trull y Brian Monsma (1988). "Predicting relationship satisfaction from couples' use of leisure time", *The American Journal of Family Therapy* 16 (1): 3-3. Disponible en: <<https://doi.org/10.1080/01926188808250702>>.
- SOTO, Paula (2012). "El miedo de las mujeres a la violencia en la Ciudad de México. Una cuestión de justicia espacial", *Revista INVI* 27 (75): 145-169. Disponible en: <<https://dx.doi.org/10.4067/S0718-83582012000200005>>.

- SOTO, Paula (2014). "Patriarcado y orden urbano. Nuevas y viejas formas de dominación de género en la ciudad", *Revista venezolana de estudios de la mujer* 19 (42): 199-214, enero-junio.
- SOTO, Paula (2022). "Paisajes del cuidado en la Ciudad de México: Experiencias, movilidad e infraestructuras", *Íconos. Revista de Ciencias Sociales* (73): 57-75. Disponible en: <<https://doi.org/10.17141/iconos.73.2022.5212>>.
- STRAW, Will (2014). "The urban night". En *Cartographies of place: Navigating the urban*, editado por M. Darroch y J. Marchessault, 185-203. Montreal: McGill-Queen's University Press.
- TEE, Nicholas (2022). "Diaspora Disco: Curatorial Activism and the Social Practice of Nightlife", *Southeast of Now: Directions in Contemporary and Modern Art in Asia* 6 (1): 273-279. Disponible en: <<https://dx.doi.org/10.1353/sen.2022.0018>>.
- THORNTON, Sarah (1996). *Club Cultures: Music, Media, and Subcultural Capital*. Middletown, CT: Wesleyan University Press.
- THURSTON, Miranda y Daniel Bloyce (2020). "A quest for relaxation? A figurational analysis of the transformation of yoga into a global leisure time phenomenon", *Sport in Society* 23 (10): 1615-1629. Disponible en: <<https://doi.org/10.1080/17430437.2020.1814574>>.
- TRUONG, Jasmine (2018). "Attending to others: how digital technologies direct young people's nightlife", *Geographica Helvetica* 73 (2): 193-201. Disponible en: <<https://doi.org/10.5194/gh-73-193-2018>>.
- VELÁZQUEZ GARCÍA, Mario Alberto y Helene Balslev Clausen (2021). "Sociología del turismo nocturno: Un abordaje basado en Simmel y Elias", *Revista Mexicana de Sociología* 83 (1): 103-128. Disponible en: <<https://doi.org/10.22201/iis.01882503p.2021.1.60024>>.
- WILLIS, Paul (1990). *Common Culture: Symbolic Work at Play in the Everyday Cultures of the Young*. Milton Keynes: Open University Press.